



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Honrar a Dios con el corazón

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 7, 1-8.14-15.21-23 (22º Domingo del Tiempo Ordinario del Ciclo B – 2 de septiembre de 2018)



Esta semana ha sido, quizá, una de las más difíciles en la historia reciente de la Iglesia. En el momento en el que el Papa Francisco pedía perdón en Irlanda por los abusos sexuales a menores cometidos por sacerdotes, religiosos y personas vinculadas a la Iglesia, se divulgaba, al otro lado del mundo, una carta del antiguo nuncio en los Estados Unidos, el Obispo Carlo María Viganò, en la que pedía la renuncia del Papa

Francisco acusándolo de encubrir los abusos cometidos por el cardenal McCarrick. Las reacciones, como es obvio, no se hicieron esperar.

El tema de los abusos a menores es muy delicado y creo que no es conveniente minimizarlo o banalizarlo. Al contrario, siguiendo la invitación del Papa Francisco en su carta del pasado 20 de agosto, hemos de asumir nuestra responsabilidad como Pueblo de Dios y poner todo lo que está en nuestras manos para poner punto final a este flagelo que ha infligido tanto dolor a cientos de inocentes. La carta del Obispo Viganò, en mi humilde opinión, en nada ayuda a mitigar el dolor de las víctimas y, mucho menos, aporta a la solución de este grave problema. Descalificar a la persona que quizá ha hecho más en contra de este abominable delito y que está dando la cara en nuestro nombre, no deja de ser un acto de profunda deslealtad y una demostración de la mezquindad que hay en algunos corazones que, en aras del logro de sus propios intereses, son capaces de traicionar a los suyos.

Con este contexto como telón de fondo y con el ánimo de aportar un pequeño grano de arena a la solución de este flagelo, quisiera compartir la reflexión que me ha sugerido el texto de Marcos que la liturgia nos propone para este domingo.

Llamado a la conversión. La larga historia de la Iglesia está llena de contrastes. Por una parte, encontramos cientos de páginas gloriosas de las que nos podemos sentir orgullosos pero, por otra, páginas que nos generan vergüenza y por las que, con profunda humildad, debemos pedir perdón y hacer todo lo posible por reparar el daño causado. Una de ellas es, sin duda, la de los abusos a menores.

En esta hora triste de la Iglesia creo que es importante volver la mirada a Jesús y acoger con decisión su invitación a la *conversión de corazón*. No podemos, como se dice en el lenguaje coloquial, lanzar los balones fuera y eludir nuestra responsabilidad, por comisión o por omisión, en el pecado de la Iglesia. Volver a Jesús será la clave para enderezar el camino.

Honrar a Dios con el corazón. Una concreción de la conversión es pasar de la exterioridad de la norma y del rito a la profundidad del corazón. Para ser auténticos discípulos de Jesús no basta decir que cumplimos la ley y que nos adherimos a los acuerdos de la comunidad con fidelidad y corresponsabilidad. Hay que ir más allá, al lugar donde se gestan los criterios y se maduran las decisiones que se ajustan de manera coherente con el fin para el cual fuimos creados: el corazón.

Para salir de esta noche oscura es urgente volver al Evangelio que es la norma última que rige nuestro ser y nuestro actuar. El Evangelio, que es Jesús mismo, no es un código para aprender de memoria o un texto que citamos para validar nuestras opiniones. Es la fuente que inspira lo que somos y hacemos y el criterio fundamental que ilumina nuestras decisiones. No se trata pues de alabar a Dios con palabras bellas e inteligentes sino de hacer propio su modo de proceder y de traducir sus enseñanzas en acciones renovadas que surjan de la hondura del corazón.

“Este pueblo me honra con sus labios pero su corazón está lejos de mí...”. A pesar de lo doloroso del momento actual, no desaprovechemos esta oportunidad que nos da la historia para recapacitar y, con firme decisión, volver a Jesús de manera que nuestra alabanza surja de un corazón capaz de pedir perdón, enmendar los errores, reparar a las víctimas y, con la fuerza del Dios de la Misericordia, rehacer el camino.

La contaminación. “Lo que sale de dentro, del corazón, es lo que hace impuro al hombre”. El camino de la conversión que hemos de recorrer todos no puede partir de un diagnóstico hecho a la ligera. Lo que contamina al hombre no es lo que viene de fuera sino lo que sale de su corazón. Con sensatez, hondura y humildad la Iglesia está llamada a realizar un examen exhaustivo que le permita descubrir que es lo que está contaminando su corazón y que hace que varias de sus acciones estén salpicadas de maldad. Este tiempo de examen nos ha de implicar a todos. Es importante por tanto aparcar los intereses personales o de nuestros grupos afines para mirar con altura el bien de la Iglesia que está por encima de los defensores o detractores de quienes coyunturalmente ejercen la misión del pastoreo de la comunidad universal.

Termino esta reflexión con una invitación: pidamos al Señor de la Misericordia que nos ayude a cambiar el corazón y que nos permita ver con claridad que, más importante que nuestras leyes humanas, es grabar la ley del amor en nuestros corazones.